

LA DIVERSIDAD DE LA VIOLENCIA Y SUS RESPUESTAS

El ciclo de reuniones que, con el protagonismo de las comunidades, tuvo a la violencia como problema central permitió hacer constataciones importantes. Una de ellas ocupa el lugar central de este artículo, a saber, las diferentes percepciones de un fenómeno que definitivamente no puede simplificarse sin riesgo de perder contenidos significativos, elementos que tienen mucho que decir en la comprensión exhaustiva de la violencia.

Hay grandes temas y problemas que con frecuencia son abordados por las diferentes comunidades; pero en la medida en que profundizamos, encontramos diversas interpretaciones, matices variados y sobre todo vivencias particulares. Esta diversidad no es atribuible, al menos únicamente, a la pertenencia a diferentes estratos sociales, aspecto por lo demás de peso, ya que es previsible encontrar lecturas variadas entre el Cafetal y San Agustín y dentro de esas comunidades, entre personas con distintos niveles de ingreso, educación y otras variables sociodemográficas. Pero más allá del peso de la estratificación social, las diferencias en la percepción de la violencia están marcadas por el hecho vivencial, por el modo en que cada quien la padece dentro de su cotidianidad.

Así, dentro de un mismo barrio podemos encontrar a dos vecinos, con similares características sociodemográficas que al momento de encarar la violencia asumen posiciones divergentes: uno clama por mayor presencia policial, mientras que el otro pide el cese de cualquier acción represiva por parte del Estado. Y estas posturas excluyentes están con frecuencia influenciadas por hechos como que al primero algunas de las bandas del barrio le asesinó a un miembro de su familia, mientras que al segundo la policía en algún "enfrentamiento" ultimó a un familiar.

Estas vivencias marcan y definen la lectura de la violencia, sus alternativas y experiencias.

LOS DIAGNOSTICOS

La caracterización e identificación de la causalidad de la violencia por parte de

las comunidades mostró que las prioridades y el peso que se le otorgaba a las diferentes variables era, dentro de ciertas recurrencias, diverso.

Así podríamos afirmar que hay un acceso universal, que ya se quisiera para los servicios de salud, a la inseguridad personal. Al punto que es la inseguridad la expresión cabal de la violencia, el ámbito en el que se padece con mayor crudeza. La forma en que se la padece puede variar con respecto al grado, pero se padece.

No obstante, más allá del "verbatim", de lo dicho, en las reuniones de las comunidades resultó elocuente el modo en que se desarrollaron tales encuentros, que denotaban diferentes niveles de percepción de la gravedad de la inseguridad personal a través de su mejor indicador: el miedo.

Así encontramos una comunidad, como Petare, en la que el desarrollo de la reunión por momentos se hacía poco fluido, como consecuencia de la dificultad de hablar sobre el tema de la violencia, por temor a represalias, ya que cualquier opinión podía ser interpretada como una delación o "ida de yoyo". Otras comunidades y personas dentro de esas comunidades expresaban, a veces con un nivel de detalle pasmoso, las características de la violencia, dándose casos en los que con mucha firmeza se imputaban personalmente algunos hechos asociados a la inseguridad.

Ahora bien, en lo que respecta a las características y las causas de la violencia pueden hacerse dos distinciones no excluyentes, que definen la comprensión y las propuestas en torno al problema:

a. **Un enfoque "Microsocial"**, que enfatiza, y tiende a otorgarle un mayor peso y responsabilidad a personas, familias y comunidades en el desarrollo de la violencia. Para este enfoque los responsables de la violencia son el "desacuerdo entre bandas", la proliferación de "minitecas", "la pérdida de respeto de menores frente a mayores (ahora están desbocados y son los principales azotes de barrio)", la descomposición de los valores individuales que hace que "los malandros

La participación y organización popular son puntos claves para encarar el problema. Rescatar los espacios públicos y reducir las tierras de nadie es quizás, en resumen, la acción más concreta y valiente que pueden hacer las comunidades para pacificar su propio medio físico. Pero esto racionalmente sólo puede hacerse con organización y una fuerte dosis de creatividad.

no respeten a sus vecinos, antes un malandro era incapaz de atracar en su propio barrio"; la presencia de valores consumistas que "hacen que los muchachos vivan pendientes de la ropa de marca", el consumo y tráfico de drogas, entre otras.

Esta perspectiva, al abordar la causalidad de la violencia, tiende a darle prioridad a razones como la deficiencias en la crianza de los hijos, que a futuro terminarán por convertirse en malandros, los cuales provienen de familias poco estructuradas o desintegradas; la educación en manos de las madres, las cuales cargan con todo el peso y con frecuencia no están en capacidad de asumir esa tarea ("las madres tienen una gran culpa en siempre darle gusto, en ocasión no teniendo cómo comer gastan sus ahorros en costosa ropa de marca para sus hijos"); la pérdida de perspectiva de la realidad de los padres, quienes se niegan a ver las acciones de sus hijos, o todo lo contrario, la crianza violenta de los niños. En otros casos los padres son "cómplices que le dan armas a sus hijos y hasta hacen de aguantadores", y otros "abandonan a sus hijos.

El ocio, es otra de las causas ("los malandros deterioran los recursos de la comunidad como las escuelas y canchas deportivas y el transporte al atracar con frecuencia los 'carritos y los jeeps', lo que en consecuencia crea condiciones para que otros jóvenes, al no poder realizar actividades sanas, se transformen en malandros"); falta de organización en las comunidades que permitan enfrentar y prevenir la violencia: los "ciudadanos" (Cafetal) la "gente" son muy apáticos frente a los problemas.

b. El enfoque "Macrosocial" tiende

a ubicar y caracterizar las causas de la violencia en el sistema social y político. Para este enfoque la prevalencia causal de la violencia se ubica a lo externo del ámbito comunitario.

Para esta perspectiva la violencia es consecuencia de la negligencia gubernamental ("que no actúa frente a la delincuencia"), la demagogia de políticos ("que prometen y no cumplen"), gobiernos, congresos y políticos ("corruptos, que dan un mal ejemplo y no hacen nada por el pueblo"), un sistema judicial descompuesto y clasista ("que perdona el delito de cuello blanco y castiga a los que roban por una arepa"), un sistema penitenciario que deteriora a los individuos ("al mezclar a quienes han cometido pequeños delitos con grandes delincuentes, violadores y asesinos"), cuerpos de seguridad sin legitimidad y credibilidad, que cometen excesos, matraquean y actúan sobre "las personas sanas" ("prefiero los malandros a la policía").

Por otra parte, el sistema educativo está deteriorado y su acción no llega a muchos niños por omisión o exclusión, las escuelas están mal dotadas, los docentes son insuficientes y no hay alternativas de formación para jóvenes ("el INCE no cuenta con infraestructura"), el Sistema de Salud está en crisis ("los ambulatorios y hospitales están mal dotados"), hay altos niveles de desnutrición infantil. Además la estructura socioeconómica es injusta y aumenta la marginalidad (hay "falta de oportunidades laborales, mucho desempleo"), el deterioro del salario real y la inflación, el "gobierno" no cumple con la prestación de servicios adecuados ("no hay cloacas, nunca hay agua, recogen la basura cada cuaresma"), y se descuidan actividades preventivas como "la construcción y mantenimiento de canchas deportivas".

En general no hay distinción entre los diferentes niveles gubernamentales, alcaldías, gobernaciones o gobierno central. Al referirse al gobierno hay una tendencia a imputar a los diferentes niveles la negligencia y omisiones.

Hay una crisis de valores que se ex-

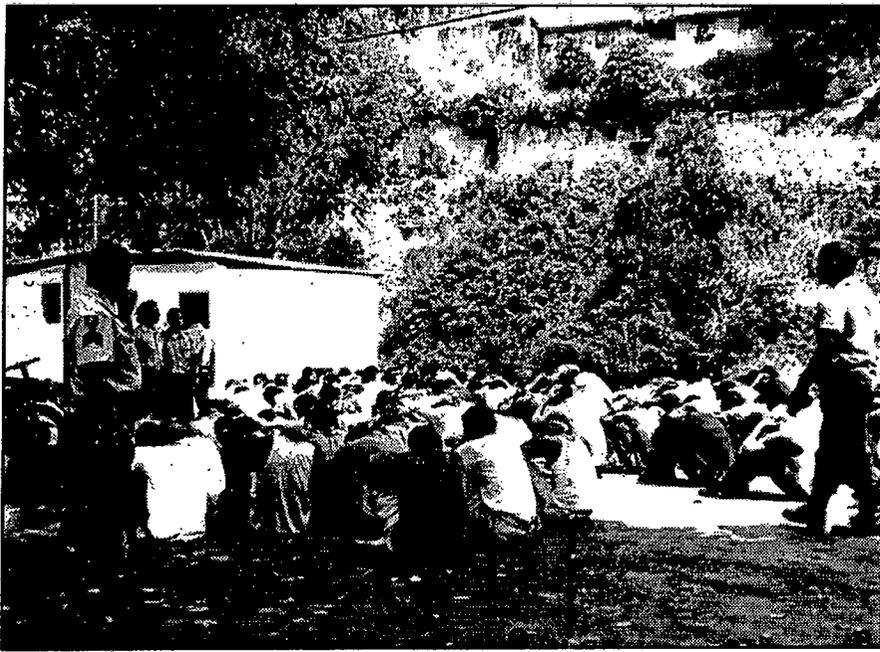
presa en la implantación de valores consumistas que fortalecen ("el deseo de usar ropas y zapatos de marca, aunque no se cuenten con recursos"). Para todas las comunidades en mayor o menor medida los medios de comunicación y particularmente la televisión tienen responsabilidad en la crisis de valores ("la televisión echa a perder a los niños", "en la televisión no se ve sino violencia", "la publicidad que se ve en televisión no hace sino reforzar los valores consumistas"). A su vez, se percibe que esta crisis de valores incide en dinámicas de descomposición familiar que deja en manos de factores extra familiares el proceso de socialización ("los jóvenes para estar en algo tiene que empatare en la de los malandros; si no, no van pa'l baile", "los niños aprenden esas mañas con lo que ven en la televisión").

Esta crisis de valores crea el terreno propicio para el consumo de drogas, punto en el que las comunidades convergen como causal fundamental de la violencia.

PROPUESTAS Y EXPERIENCIAS

Estos dos enfoques que, como afirmáramos, no deben asumirse como excluyentes pueden entenderse como extremos de un continuum en el que diferentes comunidades e individuos se ubican. Hay, no obstante, una prevalencia hacia los aspectos macrosociales de la violencia, que en ocasiones puede fortalecer un proceso de enajenación de las comunidades frente a la misma. Siendo además una enajenación perversa en el sentido en que se padecen las consecuencias pero la percepción de incidir sobre la solución del fenómeno es poco probable.

Esto puede incidir en la escasez de experiencias comunitarias según lo planteado en las reuniones. Los niveles de participación y organización son bajos frente a la magnitud de la violencia. Aun cuando hay un sesgo por el modo en que se organizaron las reuniones, pudo percibirse con claridad que los religiosos y religiosas juegan un papel importante en la mayoría de las experiencias comunitarias registradas.



Las experiencias reseñadas se centran fundamentalmente en cuatro ámbitos

a. Capacitación: Es una de las experiencias que se registran con mayor frecuencia en las comunidades. Estos cursos pretenden dotar de habilidades y destrezas a jóvenes excluidos del sistema educativo. Entre las áreas reseñadas podemos incluir corte y costura, carpintería, electricidad, música y autoconstrucción

b. Formación valorativa: Son experiencias que pretenden enfrentar la "crisis de valores", tienen una marcada orientación religiosa y están constituidos en la mayoría de los casos por grupos de catequización.

c. Organización Comunitaria: Experiencias que tienen como objetivo aumentar los niveles de organización y participación de la comunidad: articular demandas frente al gobierno, fundamentalmente en lo concerniente a la prestación de servicios públicos; gestionar cooperativas de consumo; organizar iniciativas de autoprotección, caso de las casetas de seguridad en el Cafetal y redes de defensa de derechos humanos y de canales de comunicación para canalizar denuncias frente a los cuerpos de seguridad. Asimismo hay iniciativas de carácter político que apuntan a un mayor control de las juntas parroquiales por parte de las comunidades.

e. Deporte: Las actividades deportivas contaron con una alta valoración en lo que se refiere a la lucha contra la violencia. De ahí que la gran mayoría de las

comunidades manifestaron desarrollar experiencias vinculadas al fomento del deporte: rescate de espacios y canchas, gestión ante autoridades para la construcción de canchas deportivas, organización de grupos y equipos.

En lo que concierne a las propuestas, con frecuencia tienen un carácter muy general y muchas veces se confunden con la identificación de demandas.

Así hay propuestas que plantean "mejorar la calidad de vida de la población", "mejorar la educación", "dotar a los hospitales de los recursos necesarios", "limpiar los cuerpos policiales", "meter presos a los corruptos", "depurar el sistema judicial", "mejorar los mecanismos de comunicación entre las autoridades y las comunidades", "construir mejores viviendas", "aumentar las ofertas de empleo", "elevar la autoestima".

Otras propuestas tienden a ser un poco más específicas y pueden dividirse entre preventivas y reactivas:

a. Preventivas: "organización de escuelas para padres", "aumentar los niveles de organización y participación popular", "cursos que prevengan el embarazo precoz y la paternidad irresponsable", "aumentar las actividades deportivas", "organizar programas de rescate que permitan incorporar constructivamente a los malandrós"

b. Reactivas: "pena de muerte a corruptos y traficantes de drogas", "acciones de protesta para lograr mejoras en los servicios", "organizar grupos de de-

fensas frente a los malandrós", "organizar redes de derechos humanos que denuncien los excesos policiales", "organizar grupos de clínicas jurídicas que presen asesoría y apoyo a las comunidades", "mayor control sobre los medios de comunicación".

Lo que de algún modo nos expresa el nivel de generalidad de algunas de las propuestas y la escasez de experiencias comunitarias es el desconcierto frente a la violencia. No se trata sólo de la enajenación ante las acciones para enfrentarla ("no hay nada que nosotros podamos hacer"), sino de un proceso de rutinización de la violencia que hace que la misma sea un "modus vivendi".

Hasta cierto punto esta rutinización no es más que un mecanismo de defensa, que se constituye en muchos casos como una alternativa de sobrevivencia. No obstante, aun cuando el enfrentar la violencia supone acciones macrosociales y microsociales de largo plazo, iniciativas como las desarrolladas por las comunidades, el Ateneo de Caracas, el Centro Gumilla y la UCAB, tienen la virtud de recordarnos que la violencia no necesariamente tiene que ser un estado natural de convivencia, y que por ejemplo 30 muertos de un fin de semana en Caracas no tienen por qué ser visto como algo normal desde el punto de vista valorativo aunque fácticamente sea tan normal como previsible.

Hoy, cuando desde la academia el agua tibia se redescubre, según los trabajos de Akerloff y Yellen la acción comunitaria es la clave para combatir una de las manifestaciones de la violencia: la delincuencia. No hay duda de que, tal como lo sostuvieron las comunidades reunidas, la participación y organización popular son puntos claves para encarar el problema. Rescatar los espacios públicos y reducir las tierras de nadie es quizás, en resumen, la acción más concreta y valiente que pueden hacer las comunidades para pacificar su propio medio físico. Pero esto racionalmente sólo puede hacerse con organización y una fuerte dosis de creatividad.